

La Democracia Cristiana es Insustituible

Antonio Cortés Terzi

AP Informe N. 176. 23/01/2002

La Democracia Cristiana ha sido muy severa consigo misma al evaluar los resultados de las últimas elecciones y al diagnosticar su situación actual y proyectiva a la luz de esas cifras.

Es cierto que, en alguna medida, tal severidad se debe a juegos políticos internos. Después del 16 de Diciembre se desató una suerte de espiral criticista, merced a que los sectores que pugnan por la conducción del partido se han visto impelidos a competir por canalizar el comprensible descontento y molestia de la militancia.

Pero no es menos cierto que en el seno del PDC existe un veraz y profundo sentimiento y espíritu autocrítico, que, por momentos, alcanza dimensiones lacerantes y desproporcionadas.

Lo más desgarrador para el PDC ha sido el hecho de que dejó de ser el primer partido de la política nacional. Hecho que se agrava porque está inmerso en una tendencia electoral decreciente que se ha mantenido constante. Fenómeno naturalmente preocupante y alarmante, que merece ser analizado con el ceño fruncido, con inquietud mental y emocional y con palabras crudas y duras.

Sin embargo, la dramatización extrema del fenómeno y los temores catastrofistas que invaden a sectores y dirigentes de la DC son producto, en un alto porcentaje, de enfoques sesgados, de análisis que privilegian la información empírica, los contextos más inmediatos y mediatos: los acontecimientos, conductas y relaciones políticas de los últimos años, las realidades orgánicas internas, los sistemas de alianzas, etc.

Un observador imparcial de lo que ocurre en la DC -imparcial "en la medida de lo posible"- visualizaría que el dramatismo autocrítico que la cruza responde, más allá de los datos mensurables que justifican una razonable desazón, a carencias u omisiones analíticas de carácter histórico e historicista.

PDC: una Crisis Postergada

Una reflexión rigurosa que, efectivamente, busque llegar a las esencialidades explicativas del fenómeno requiere de la incorporación de miradas historicistas.

Un dirigente democratacristiano expresó, en alguna oportunidad, la idea de que la ventaja del PDC sobre sus aliados de la Concertación radicaba en que a ese partido no le habían caído muros encima. Tras esa frase, dicha en el fragor de competencias político-electorales, yacía un profundo equívoco; y tales palabras dejaban traslucir una visión resistente a revisiones doctrinarias, programáticas y políticas, demandadas por las aceleradas, amplias y profundas transformaciones

de los escenarios universales y nacionales.

La cuestión fundamental de los cambios políticos contemporáneos no es a quién o a quiénes les cayeron los muros encima, sino el hecho de que los muros se derrumbaron, que dejaron de existir.

La historia del desarrollo y el auge del socialcristianismo estuvo íntimamente ligada a la historia de los muros. La "Guerra Fría", la bipolaridad, la pugna entre proyectos de revolución socialista y alternativas conservadoras autoritarias, fueron antagonismos nutrientes de la racionalidad, eficacia y funcionalidad histórica de los principales partidos adscritos a esa corriente político-cultural. Y las crisis de los partidos socialcristianos, que en muchos países los llevaron a su extinción, fueron significativamente motivadas por el fin de los muros, por el término de los antagonismos político e ideológicos surgidos a principios del siglo XX y que cobraron particular intensidad durante buena parte de la segunda mitad de ese siglo.

La situación que enfrenta hoy el PDC chileno es, en gran medida, una crisis de efecto retardado, postergada, que empezó a incubarse en los tiempos en que el socialcristianismo mundial veía estremecerse, resquebrajarse, hundirse a varias de sus más importantes y emblemáticas expresiones políticas. Postergación que se debió a la excepcionalidad que, en esos mismos tiempos, caracterizaba a la política nacional.

La caída del muro de Berlín, o sea, el hito que marca el cambio político más trascendente para la humanidad contemporánea y la apertura de un radical proceso de recomposiciones doctrinarias y políticas, sucede el mismo año en que Chile inicia su transición hacia la democracia liderada por un partido y por un Presidente socialcristianos. En consecuencia, la crisis, sus manifestaciones y debates, quedaban en barbecho. El PDC, en sus lindes puramente nacionales, no recibía señales ni percibía síntomas políticos de estar aquejado de interrogaciones acerca de su existencia o vigencia. Por el contrario, en lo substancial, el escenario interno era el que mejor se correspondía con sus esencias históricas, porque el período previo al plebiscito y los primeros años de la transición estuvieron plagados de resabios y atmósferas propias o muy próximas a las de la etapa de los antagonismos clásicos del siglo XX.

Superados esos primeros años, emergieron con cierta claridad, dentro del PDC, los síndromes de la crisis universal del socialcristianismo. En la elección municipal de 1996 fue ostensible la baja del electorado DC en comunas populares y de sectores medios. Pero los verdaderos indicadores críticos se encontraban en lo ideológico y programático. En un número considerable de materias se empezaron a dejar notar apreciaciones distintas que de ninguna manera eran atribuibles a "diferencias de matices", sino a cosmovisiones que comprometían lo doctrinario.

No obstante, todavía operaba una excepcionalidad, aunque de otro carácter: de carácter estricta y puramente político. El PDC continuaba gobernando y seguía siendo el primer partido de Chile en electorado y en parlamentarios. Ambos factores devenían en una mecánica centrípeta que impedía que las perturbaciones y centrifugacidades en el plano del pensamiento tuvieran un correlato exacto al nivel de la práctica política.

En definitiva, y en primer lugar, el estado actual de la DC resulta de una crisis

latamente anunciada y que se fue desarrollando subterráneamente, subsumida por éxitos político-electorales que obedecían a la presencia de una dinámica política excepcional. Y, en segundo lugar, la crisis de la DC chilena no puede ser analizada sustrayéndola de lo acaecido con el socialcristianismo a escala mundial.

Otras "Anormalidades"

Después de esta última elección el mayor impacto para el PDC es que dejó de ser la primera fuerza popular, electoral y parlamentaria del país, lugar que ocupó durante casi cuatro décadas. Pero, ¿qué es más impactante, qué es más "anormal" para un partido político: perder la condición de primera fuerza o tener esa condición por alrededor de cuarenta años?

Difícilmente en un país en el que históricamente haya existido y se haya respetado una institucionalidad sujeta a los principios democrático-liberales, se encuentra un caso de predominancia partidaria tan extensa como la que se encuentra en Chile con el PDC.

Y la singularidad de la DC se confirma comparándola con la propia historia política nacional. Desde la estabilización republicana y democrática del país en la década de los treinta -y omitiendo por cierto el período del régimen militar- ningún otro partido ha ocupado con militantes de sus filas tanto años (dieciséis) la Presidencia de la República. Ningún otro partido, tampoco, ha sido tantas veces primera mayoría en elecciones parlamentarias y, además, consecutivamente: 1965; 1969; 1973; 1989; 1993; 1997. Sin desmerecer la calidad del PDC, esos inusuales éxitos se explican, otra vez, por los contextos históricos excepcionales en los que se ha desenvuelto, virtualmente desde su fundación.

El gran despliegue del socialcristianismo criollo se inicia con posterioridad a la elección de 1958 cuando la izquierda, liderada por Salvador Allende, pierde la Presidencia por sólo 30 mil votos. Ese margen tan estrecho pone a Chile en un sitio político excepcional: junto a Italia, es el único país occidental y democrático que tiene una izquierda marxista que muestra suficiente fuerza como para arribar a la conducción del país a través del concurso de la democracia.

Obviamente que la presencia de esa alternativa instala una tendencia polarizadora: introduce en Chile, con la tangibilidad de la política, el antagonismo global y esencial que, en varias partes del mundo, habían abierto los espacios para la gravitación del socialcristianismo. Ese antagonismo va a signar la política chilena hasta 1973.

Las etapas posteriores, régimen militar y transición, son, a todas luces, etapas sometidas a la impronta de la excepcionalidad. La única diferencia es que en ellas la ofensiva polarizadora, la lógica antagonista, corre por cuenta del autoritarismo castrense y la neoderecha.

En conclusión, es una "injusticia" histórica evaluar ahistóricamente el actual caudal de votos de la DC comparándolo con las cifras del pasado y sin atender a que fue ese pasado extinguido el que las permitió.

El *quid* del drama que enfrenta el PDC no es, en sí y de por sí, la baja electoral, sino el hecho de ser víctima de la transición que condujo protagónicamente, pues

la transición le prolongó temporalmente los escenarios excepcionales que habían sido la fuente principal para su supremacía y, simultáneamente, le ocultó o empañó las evidencias de la puesta en marcha del proceso crítico que ecuménicamente aquejaba al socialcristianismo.

Ser Partido de Centro: una Fijación Riesgosa

La larga experiencia de haber sido por antonomasia el partido de centro y los óptimos resultados que ello le reportó han fortalecido en la DC, y muy en particular, en sectores de ella, la idea casi prejuiciosa y fideísta de que un destino más promisorio pasa por recuperar tal cualidad.

El problema está en que la inexistencia de los antagonismos de antaño se proyecta hasta un punto que hace inviable la reedición de partidos de centro como los conocidos en el pasado.

Otrora, dados los enormes espacios que quedaban entre los polos políticos, ser de centro constituía, virtualmente de manera espontánea, una identidad y una definición política. El centro en gestación disponía de un gran terreno vacío donde instalar cosmovisiones, programas y políticas alternativas con personalidad propia y distinta.

Hoy, la drástica reducción de esos espacios -merced a la tibieza de lo polar, a la obsolescencia de los antagonismos *belicistas*- hace que una búsqueda afanosa por ocupar el centro fácilmente pueda llevar a un eclecticismo sin contenidos substanciales y a forzar a conductas erráticas, sin hilo conductor identificable y ordenador y, por ende, a forjar partidos muy propensos al oportunismo, reductores de la política a lo puramente temático y siempre a la espera de las propuestas de las izquierdas y de las derechas para, a posteriori, encontrar el nicho o el intersticio diferenciador.

Enfrentar este peligro suponiendo que en las tradiciones esenciales del pensamiento socialcristiano se encuentra el sustento *eterno* y per se de la condición política de centro de los partidos democratacristianos sería tautológico. Sería, además, una apreciación que desvaloriza la filosofía política socialcristiana. El pensamiento socialcristiano no nació de la necesidad de edificar un cuerpo doctrinario de centro que, a su vez, inspirara partidos de centro. Nació de un desarrollo histórico extenso del pensamiento cristiano sobre la "cuestión social". Fueron vicisitudes de la historia las que condujeron a que el socialcristianismo fuera tipificado como de centro. La pregunta que corresponde, entonces, es si las matrices ancestrales del pensamiento socialcristiano y sus relecturas a la luz de lo contemporáneo permiten o no ser encasilladas como antecedentes de un proyecto político partidario de centro.

Plantearse obsesiva y descontextualizadamente el propósito de "volver a ser el gran partido de centro" puede ser un óbice considerable para el adecuado tratamiento de los problemas del PDC. En primer lugar, porque depositar en ese propósito todos los esfuerzos para recuperar lo perdido significa no asumir en plenitud que el mundo de los pensamientos políticos tradicionales -y no sólo el socialcristiano- todavía está sujeto a revisiones integrales. Fue puesto a prueba por la etapa que algunos han llamado "post socialismos reales" y que se inauguró hace poco más de una década. Pero esa etapa -que en el fondo era una fase

transicional- está llegando a su fin, si es que ya no llegó. Por consiguiente, a las interrogaciones que surgieron en la primera etapa se le están sumando las interrogaciones de un incipiente nuevo ciclo. No tiene mucho asidero, entonces, responder a las crisis con nomenclaturas y conceptos geométricos heredados de un pasado que es cada vez más pasado.

Los Debates que Vienen

Es muy probable que en los eventos y discusiones en los que estará inmerso el PDC tiendan a pugnar dos líneas de reflexión. Una que le otorgue prioridad a las materias político electorales, político contingentes, de orden orgánico, etc., y otra que ordene sus visiones a partir de la asunción de los componentes doctrinarios e histórico estructurales de la situación crítica.

Se puede aventurar que la primera línea reflexiva arribará a las conclusiones y las propuestas que han anticipado algunos dirigentes precursores de la tesis del reperfilamiento del PDC como partido de centro.

De esas conclusiones y propuestas dos son las que más importan: i) establecer un tipo de relación con el gobierno que asegure grados mayores de autonomía del partido, y ii) enfatizar en políticas que diferencien categóricamente a la DC de la izquierda de la Concertación.

El meollo del asunto aquí es que, tras esas proposiciones, subyace la premisa de que la DC no está aquejada de crisis o cuestionamientos a sus parámetros doctrinarios históricos y esenciales. Más bien, por el contrario. Para estos dirigentes una causal del debilitamiento de la DC estriba en que, en la práctica política, el partido no ha sido todo lo consecuente que debería con las ideas claves y absolutamente vigentes del socialcristianismo tradicional.

Y, precisamente, una de las mayores inconsecuencias sería la de su pérdida de identidad y personalidad como centro, merced a la alianza con sectores de izquierda.

En breve, esta es una línea reflexiva que confesamente está por omitir los desafíos intelectuales que plantean las transformaciones globalizadoras y modernizadoras y que opta por ceñirse a la reconstrucción de estrategias y tácticas políticas.

Menos explícitos han sido los dirigentes que adscriben a la segunda línea reflexiva. No obstante, hay tres indicios que permiten conjeturar hacia dónde apuntan sus reflexiones. El primero es que no acentúan de igual manera en la cuestión de ser o no ser de centro. El segundo se descubre observando que sus conductas y discursos no convierten a sus aliados en sus principales rivales, aun cuando también disputan con ellos. Y el tercero es su reiterada convocatoria a cambios generacionales en el partido, la que se suma a juicios autocríticos sobre aspectos de fondo y que trasuntan voluntad refundadora.

Esta última línea reflexiva se condice coherentemente con los requerimientos de la política-historia, en el sentido de que parece dispuesta a aceptar la multiplicidad y complejidad de las tareas y a aceptar los tiempos que insoslayablemente reclaman un efectivo proceso de recomposición del PDC.

Si ese tipo de reflexión y disposición termina por imperar, la discusión que sigue

es acerca de cuáles son los recursos, las reservas, las potencialidades de las que dispone el partido y su entorno para emprender ese proceso de recomposición. En un marco estrictamente analítico y teórico puede aventurarse la opinión de que, según conceptos y lógicas aplicadas desde las ciencias políticas, la DC cuenta hoy con realidades e instrumentos que sobrepasan largamente lo mínimo que necesita para, por la vía de una veraz reconstrucción o renovación, superar exitosamente su estado crítico. Por cierto, lo que las ciencias políticas no pueden prever ni asegurar -y tampoco lo puede hacer el activismo político pragmático- es que tal reconstrucción o renovación de por sí le devolverá el sitio de primera fuerza y la Presidencia de la República.

Someramente, son identificables cuatro realidades o instrumentos que sustentan la tesis anterior.

1. La DC se ha percatado a tiempo y colectivamente de su crisis, esto es, en momentos en los que todavía conserva una apreciable fuerza política y un no menos apreciable respaldo ciudadano.
2. Así como las condiciones excepcionales en las que se desarrolló en los dos o tres últimos lustros y los éxitos que tales condiciones le reportaron, sumergieron u ocultaron las dinámicas críticas que la minaban, esas mismas condiciones incubaron elementos que, también subterránea, inconsciente o informalmente, fueron anticipando dinámicas favorables a la reactualización. Por ejemplo, los años de ejercicio gubernamental han sido, para un sinnúmero de militantes demócratacristianos, una formidable escuela para el reconocimiento de los problemas y conflictividades nuevas que entraña la modernidad globalizada y para el aprendizaje del "arte de gobernar" una nación transformada y sometida a vertiginosos y voraginosos cambios.
3. La DC dispone de un cuantioso volumen de cuadros para un recambio generacional y que tienen adicionalmente dos virtudes: i) en general, son cuadros que articulan una muy buena formación intelectual con conocimientos tecnopolíticos y con experiencias políticas variadas y complementarias; y ii) por sus nexos con las generaciones anteriores el hipotético recambio no debería estar precedido o no debería producir una declarada "lucha generacional" ni tampoco un acto irruptivo del enlace entre lo "joven" y lo "viejo".
4. Si bien el cuerpo doctrinario ancestral del PDC sufre las interrogaciones propias de la historicidad de todo pensamiento -interrogaciones que, por lo demás, hoy afectan a todas las corrientes humanistas-, en la cultura política socialcristiana hay preceptos o ideas-fuerza que le dan a la DC antecedentes sólidos para que, sin perjuicio de las revisiones intelectuales, pueda exponer una vigente continuidad doctrinaria. Por ejemplo, la relevancia que para ese pensamiento tiene la "cuestión social" y el sentido de lo comunitario, pese a sus aparentes simplezas, son soportes doctrinarios de envergadura. Ante que todo, porque no es fácil encontrar un soporte doctrinario similar, aunque sea parcial, en las otras culturas políticas. En algunas, porque lo han desahuciado como componente de la política. En otras, en las más confundidas por los acontecimientos históricos contemporáneos, porque no saben bien qué salvar de sus pasados culturales y lo que salvan, por lo general, es pura discursividad. En cambio, las ideas-fuerza socialcristianas sobre "la cuestión social" y el sentido de lo comunitario son pensamientos o componentes doctrinarios traducibles al momento histórico nacional, puesto que aluden a dos de los problemas mayúsculos de la sociedad chilena: a las desigualdades sociales y a los

desequilibrios en influencia y en poder entre los grupos populares y los sectores elitarios.

En resumen, la Democracia Cristiana tiene todos los ingredientes para reconstruirse desde sí misma y para seguir proyectándose como partido competitivo en las lides democráticas, y ello sin renunciar, como ha ocurrido con otras renovaciones de partidos, a los legados de su historia: partido de doctrina e ideales sociales y de sociedad; sensible a lo moderno, pero también a sus conflictividades; progresista y valórico; opuesto a toda forma de autoritarismo y de privilegios; partido de lo popular y de lo nacional. Tal conjunción de rasgos es la que le confiere al PDC una impronta insustituible.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

